

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 27 NOVIEMBRE 1958
NUM. 559 AÑO XII

LA GRACIA DEL APLAUSO



Estuvimos hace poco en un salón público donde actuaba una agrupación coral de destacado renombre. Las localidades no puede decirse, en honor a la verdad, que estuvieran del todo ocupadas, ni mucho menos. Un cincuenta por ciento, a lo sumo, que ya es bastante teniendo en cuenta que a la misma hora se estaban celebrando otros espectáculos sugestivos para el gran público. Y sea esto dicho sin menoscabo de los méritos artísticos del conjunto cantante, ya que el factor atractivo de dichos espectáculos era la deportividad, en unos, y la diversión frívola, en otros, motivos ambos de gran interés para las mayorías contemporáneas.

Dejando esto aparte, y que en nada empequeñeció el éxito de la fiesta, nos cabe señalar el entusiasmo con que el público allí reunido aplaudió al finalizar las piezas de que constaba el programa. Como se demostró a los cantantes el agradecimiento que se les debía por habernos hecho pasar unas horas de selecto goce. Aquellos aplausos rebasaban los límites que supone la cortesía y que expresaban claramente que cada uno de los asistentes consideraba insuficiente el hecho de haber pagado una entrada para premiar la labor de los artistas.

Y esto es lo que ocurre siempre que alguien realiza un trabajo artístico cara al público, con espíritu de superación y con fines extramateriales.

Hay trabajos que pueden realizarse con el exclusivo afán de obtener de ellos un beneficio monetario, y si éste

falla es lógico darse por defraudado. Así aquellos a que nos obliga la ineludible necesidad de subsistencia y que muchas veces efectuamos a regañadientes, aunque con disciplina por imperativo social.

Pero cuando el afán que nos mueve está por encima de la mera ganancia material y lo preside un fin altruista, sea esto de orden moral o estético, no basta el reconocimiento pecuniario para satisfacernos. Aunque no podamos prescindir absolutamente de él, nos sentimos defraudados si nos falta el calor del reconocimiento afectivo, si se nos niega el estímulo del agradecimiento por parte de aquellos a los que repercute nuestra labor por modesta que sea.

Y en este caso se encuentran los artistas del tablado. Cantantes, músicos, actores, esos artesanos del goce espiritual, esos debeladores de emociones estéticas. No basta que paguemos con unas monedas sus trabajos. Precisan de una remuneración más generosa, más en consonancia con la delicadeza de su labor. Una remuneración que sólo puede salir de nuestro fondo afectivo, de nuestro corazón, que es donde guardamos el capital para pagar las deudas de gratitud.

El aplauso en un salón de espectáculos es el gesto convencional expreso para compensar la deuda contraída con los artistas, aun después de haber pasado por la taquilla. Si su actuación responde naturalmente, a lo ofrecido en los programas. Y cuando no es así, cuando el rendimiento de la función anunciada está por debajo del ofrecimiento, lo procedente es negar a los animadores de la función la gracia del aplauso. Con ello se les demuestra que ya están bien pagados con la parte que pueda corresponderles del importe de la entrada.

Sintonia

Muerte del corzo

Primero fué el hombre de la calle quien dió la noticia. Luego, la voz autorizada la confirmó: Un corzo resultó muerto hace unos días, allá en las cercanías de Cassá, al ser alcanzado por un tren ascendente que por la madrugada sale de nuestra ciudad.

¿De dónde procedías tú, desgraciado joven corzo, cuyo destino ha sido el de morir lejos de tus dominios preferidos? Deja que aún te imagine en la cresta más alta del «Montclar» gallardo y seguro de tí mismo. Ofeas al infinito, a los cuatro vientos. Caminos y veredas se perfilan en el valle, perdiéndose en las sinuosidades frondosas del bosque, que parece llamarte con su oculto y silencioso atractivo. Mientras que allá en la lejanía, recortadas en el azul del cielo. lloran las altas montañas el abandono al cual las sometiste.

Y bajaste al llano. Y te acercaste al hombre, quizá inocentemente, quizá con el afán de conocer de cerca su mundo. Y su mundo te aniquiló. ¿Fué prematura tu muerte? ¿O tenías que esperar a sentir tu cuerpo acribillado a balazos, cuando fueras mayor?

Caminantes y montañeses dicen haber visto un corzo en las inmediaciones de la carretera de Tossa. ¿Sería el desdichado animal o su ahora solitaria pareja? Quizá sea esto último. La compañera que fué inseparable y para la que actualmente serán fríos y sombríos los parajes silvestres de nuestros bosques.

Para el verdadero artista esto es un reproche que le llega al alma. No hace falta la bronca y el silbido. Estas estridentes manifestaciones equivalen a un insulto, y éste es inmerecido para persona que no han cometido otro delito que el de no tener una insuficiente preparación artística o no disponer de las cualidades necesarias para el feliz desempeño de su empresa. ¡Qué más quisieran!

Además, que manifestar el desagrado en forma ruidosa no cuadra con un público bien educado. Demuestra bajeza de modales.

Aplausos, si, y abundantes para quien se los merece. Silencio, indiferencia, en el caso contrario. Nunca silbidos y pataleo.

Xavier.